

La palabra clave

Daniela Saa González

La graduación, el ICFES, la presión de mi familia y los gritos de la conciencia tenían a mi mente en una profunda tormenta, segundos antes de recibir el diploma. Solo quería escapar y gritar, pero por más que lo hiciera, no dejaba de escuchar aquella voz que me aturdí con sus infames preguntas ¿Qué será de tu vida con apenas 15 años? ¿Y tus papás? ¿Serás la oveja rara quizás? Recuerdo que solía escuchar a mis compañeros, a mis profesores y hasta a mi madre aconsejándome qué estudiar; lo primero que decían era que evaluara mis capacidades y habilidades, y lo segundo, contestar: ¿Qué me llamaba la atención?

Cada vez que realizaba auto-evaluaciones, test y hasta esas pruebas de internet, mi futuro estaba orientado hacia los números, el diseño o la arquitectura. Jamás me sentí atraída por ello y por más que estuviera rodeada en su gran mayoría por una familia de ingenieros, aún seguía intentando descifrar la palabra clave con la que construiría mi futuro.

Mientras la buscaba, recordaba las palabras de mi profesor de cálculo: Ay, Daniela, deberías estudiar ingeniería en petróleos o geofísica, tienes un gran potencial en mi materia. También escuchaba a mis hermanos: Estudiá una ingeniería y salís de una con trabajo, no vez que te contratamos en la empresa. Cada uno

influyó de forma directa en la primera elección de la palabra clave Ingeniería en petróleos. Ahora sí, con palabra clave e inscripción lista, solo me quedaba presentarme y esperar a que llegaran los resultados.

Llegó el día y la hora exacta de la entrega, accedí a la página, introduje mi documento y acepté. Una vez cargada la lista, me llevé la grata sorpresa de que fui admitida, y que empezaría dos meses después. Cuando llegué a la casa les di esa gran noticia a mis padres; sin embargo, yo no me sentía bien y la verdad no me quería ir. Tras largas horas de expresarle a mi almohada lo que sentía, decidí decírselo a mi mamá, quien me escuchó con calma y aceptó mi decisión.

Durante todo el día pensé que no debería acelerarme y que tomaría las cosas con calma; para ello, decidí salir con mis primas que se encontraban de visita. En ese entonces, cursaban último semestre de medicina, tenían un aspecto un poco cansado y unas ojeras que me aterraban. Mientras comíamos, una de ellas me preguntó: ¿Cuándo entrarás a Medicina? Y yo: ¿Cómo así? En ese momento empezaron a contarme que desde pequeña les decía que quería estudiar medicina para dejar un legado importante en la sociedad y que no se explicaban cómo había cambiado de parecer. Inmediatamente, tras ese relato, mi mente dejó aquella tormenta y una luz de sabiduría aclaró mis pensamientos. Como por arte de magia, entendí que mi verdadera vocación era ayudar, no exactamente como monja, sino de la manera más sutil y hermosa: como médica.

La segunda palabra que encajaría en mi vida había llegado y era medicina. Tenía dos opciones de universidad; la universidad Icesi y la Javeriana. En las dos me presenté, tuve excelentes entrevistas ante el Decano. Sin embargo, no estaban seguros que

por tener tan solo 15 años tuviera la madurez suficiente para sobrellevar esa carrera de tan alta exigencia. Yo solo pedía a Dios que me ayudara, yo quería estudiar medicina y no iba a retroceder más. Esos días de espera fueron devastadores, pues el simple hecho de saber que por tu edad no confían en tus capacidades, me llenaba de tristeza porque sabía que sí era capaz.

La primera lista de espera llegó. No fui admitida. Me quedaba un intento más. Otra semana de espera, de lágrimas e incertidumbre. Intentaba calmar los nervios con el ejercicio, los paseos y las acogedoras aromáticas de mi mamá. El día 25 de diciembre a las 5:00 p.m. entregaban resultados y yo me encontraba en el gimnasio intentado olvidar todo. Cuando terminé la rutina, tomé mi celular y apenas lo encendí recibí la gran noticia de que había sido admitida. Felicidad, lágrimas y adrenalina recorrían mi cuerpo haciéndome sentir segura y orgullosa de mi misma.

Sabía que mi sueño iba a comenzar y sería de la mejor manera, llena de energía, vitalidad y perseverancia. Pero había algo que me inquietaba y era dejar de vivir al lado de mis padres, en una ciudad nueva y mucho más grande que donde vivía. Tenía miedo, pues no sabía usar el MIO, no sabía de direcciones y mucho menos cocinar. Sin embargo, busqué los métodos y formas necesarias para aprender.

Ya casi voy acabar primer semestre y al redactar esta crónica, entiendo que todos los momentos por los que pasé, fueron los que permitieron que llegara a este punto, el punto en el que entiendo que mi verdadera profesión no es más que aquella palabra clave: medicina.